

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CIL.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO V. }

MÉXICO, ENERO 15 DE 1875.

{ NUM. 76.

La actividad del espíritu prolonga la vida.

(POR VÍCTOR CHAMPIER.)

I

Se admira uno de ver algunos hombres que después de una vida de continuos trabajos, llegan á alcanzar una avanzada edad. Muy á menudo exclamamos, oyendo contar que ciertos seres privilegiados han llegado á una edad que parece mas allá del término natural de la existencia: «¡Qué naturaleza tan fuerte! ¡Qué admirable organizacion!»

Se ha hecho la curiosa observacion de que el trabajo, lejos de ser fatal á la salud, es su sostén mas firme, su mas seguro auxiliar. En la antigüedad, encontramos que los mas famosos poetas y escritores, han llegado á la edad mas avanzada. Homero, Hesiodo, Eurípides, Sófoles, Epicuro, Jenofonte, Esquino, Luciano, Teócrito, Plutarco, Licias, etc., vivieron, por término medio, casi ochenta años. ¿Pero por qué alejarnos tanto? ¿No hemos visto en nuestro tiempo á Cousin, Viennet, Villemain, Cassini y tantos otros, pasar con mucho el límite comun de la existencia humana y soportar con facilidad el peso de sus años?

Los literatos, los sábios, los hombres de Estado, todos los que pasan su vida en la reflexion y el estudio, tienen mas probabilidades de prolongar su vida, que aquellos que se dedican á las ocupaciones manuales, y sobre todo, que los ociosos que ocupan el mundo con sus inútiles personas. Muchos hay, sin embargo, que se ven obligados á luchar con mil enfermedades; pero su espíritu, siempre activo, sostiene los débiles resortes de la vida material. Esta observacion tiene su importancia y es necesario aprovecharse de ella. No se puede creer que haya sido hecha con ligereza; ha resultado de una deducion regular que tiene el valor de una observacion científica. Algunos fisiologistas, Flourens entre otros, han señalado ya este interesante fenómeno. ¿Cuál puede ser su razon? Una ojeada sobre la vida de algunos hombres eminentes, nos ayudará á encontrarla.

Luis Cornaro, sábio italiano, que á fuerza de orden y cuidado vivió mas de cien años, tenia una débil constitucion; pasó la mitad de su vida en el lecho del dolor. Mas por la templanza y el trabajo logró triunfar de su organizacion. A los 85 años de edad publicó un libro sobre la higiene, que aun hoy dia es leído. Su sobriedad habia llegado á ser célebre; casi era excesiva. Doce onzas de alimento só-

lido y catorce de vino, fueron durante mas de medio siglo su comida diaria; este método llegó á hacer que no enfermase jamás durante medio siglo.

El espiritual sobrino del gran Corneille, Fontenelle, el Nestor de la literatura, segun solian llamarle, fué tambien de enfermiza complexion, lo cual no impidió que muriese centenario. Trabajaba mucho; durante cincuenta años, mantuvo el doble cetro de las ciencias y las letras, dividiendo hábilmente su trabajo y economizándose emociones; por lo que Mad. de Tencin solia decirle: «No es un corazon lo que teneis en el pecho; teneis cerebro como en la cabeza.» Su vida diaria estaba ordenada con una precision matemática. Las horas de sus comidas, trabajo, recreacion, sueño, lectura, estaban fijadas estrictamente, y no se apartaba del orden establecido. Al fin de su existencia se agotaron sus facultades, pero le quedó el apetito:

Qu'on raisonne *ab hoc et ab hac*,
Sur mon existence présente;
Je ne suis plus qu'un *estomac*;
C'est bien peu, mais je m'en contente.

Se dice de él: «Alternativamente sociable y solitario, tranquilo en medio al torbellino del mundo, habia impreso á su organizacion un movimiento

de tal manera igual, uniforme, regular, que se perpetuaba de día en día, de año en año.» No habría razón de que Fontenelle no existiera aun al presente, si fuera dado á los hombres prolongar su vida á fuerza de juicio y cuidado, y si no debiéramos todos ceder á la ley inexorable. Evitarse los tormentos del corazón ó imponerse horas regulares de trabajo, fueron sus reglas principales de vida. Respondía á aquellos que le preguntaban cómo se había conducido para conservar la posesión de sí mismo en una edad tan avanzada: «Sobre todo, no hay que pasar un día sin trabajar.»

El ejemplo de Fontenelle, que logró conservar viviente durante un siglo su cuerpo débil y enfermizo, es ciertamente muy digno de notarse; pero no nos dá la explicación general del fenómeno que nos ocupa. Aquel sábio es, en efecto, un fenómeno particular, una especie de curiosidad, y nadie, según creemos, ha sabido arreglar los movimientos de su corazón como los de una máquina que se arma cada día, ó arreglar á horas determinadas los de su espíritu. La mayor parte de los grandes hombres han sido, al contrario, notables por lo imprevisto de sus trabajos. La inspiración viene, se la coge al vuelo, sin pretender ampliarla ó circunscribirla á capricho, desecharla ó invocarla. Sin duda que es necesario el orden en los trabajos del espíritu, sobre todo en los puramente científicos ó de erudición; pero la imaginación es una joven loca que camina al acaso llevada por sus ligeras alas. Un crítico inglés dice, refiriéndose á un poeta su compatriota: «Un reloj colocado delante de él, le advierte el momento en que debe dejar la historia y hacer versos, cesar de escribir y comenzar á leer....» ¿Se concibe un arrebato ditiámbico sometido á cálculo? ¿Un delirio pitio tranquilo y sosegado? El espíritu es libre por su naturaleza, y es locura querer acompasar la verba, medir el entusiasmo, tasar la inspiración.

[Continuará.]

MISERIA Y CARIDAD.

Manolo y Santiago, aquellos dos buenos muchachos que libraron al perro Coradino del postizo adorno que traía en la cola, se hallaban cazando pajarillos cuando llegó el perro cerca de ellos, y como esta ocupación parece hasta cierto modo contraria á los buenos sentimientos que con el perro manifestaron, se hace indispensable explicar el motivo de la caza.

El padre de Manolo y de Santiago era un pobre jornalero que, durante el tiempo de la siega y de la vendimia, salía de su casa para ir á trabajar por los pueblos inmediatos. Después, cuando llegaban las primeras heladas, volvía á su casa con la ganancia de cuatro meses en monedas relucientes cosidas entre el paño y el forro de su chaqueta, porque el pobre hombre era tan económico que no gastaba más que lo estrictamente necesario para vestirse y alimentarse, Dios sabe cómo.

Cuando sucedió el lance del perro, haría como unos dos años que el jornalero había partido según su costumbre, y Manolo, que tenía entonces diez años y su hermano que tenía catorce meses menos, le acompañaron hasta la última cruz del Calvario que había á la salida del pueblo y allí se despidieron. El padre bendijo á sus hijos y estos abrazaron á su padre, y al separarse de él, Santiago se subió al pedestal de la cruz y Manolo trepó á las ramas de un árbol para verle por más largo tiempo. Cuando le perdieron de vista se bajaron cada uno de su sitio, se arrodillaron al pie de la cruz, hicieron una corta oración y después se volvieron á su choza agarrados de la mano.

La choza ó casilla en que los niños vivían, estaba colocada en el lindero del bosque y separada del pueblo por un pantano que en el mal tiempo se ponía intransitable. Esta situación aislada había acostumbrado á la mujer y á los hijos del jornalero á pasarse sin compañía, y solo se les veía ir á misa los domingos ó á algún mercado inmediato, cuando la estación lo permitía; pero en todos los sitios de

reunión hablaba la buena mujer lo ménos que podía y solo para responder á las preguntas que le hacían, pues el aislamiento la había hecho muy uraña.

El otoño había sido muy lluvioso, por lo que la madre y los hijos se confinaron en su casilla desde el mes de Setiembre; y aunque no tenían ni podían leer el calendario, por la caída de la hoja conoció la mujer que se acercaba el tiempo en que su marido debía volver: tenía además otra señal fija para conocer esta época y era el que se le iba acabando mucho el caudalito que su marido dejaba. Como se había hecho un vestido nuevo y otro á los muchachos, se encontraba entonces con que no tenía para pagar el alquiler de la casilla. Cuando por todos estos indicios conoció evidentemente que el mes de Octubre tocaba á su fin, fué señalando los días con garbanzos puestos sobre la chimenea, y cuando le pareció que debía ser el último del mes, dijo á Manolo:

—Está con cuidado en el campo por si oyes repicar las campanas á vísperas, pues mañana ó pasado ha de ser la fiesta de Todos los Santos.

En efecto, al día siguiente vino el muchacho diciendo á su madre:

—Tocan á vuelo las campanas en todos los pueblos del contorno, y de seguro es mañana el día de Todos los Santos. He puesto algunas piedras en el pantano por las que podemos llegar hasta el lindero de los sauces, y de allí pasaremos fácilmente al camino real con muy poco rodeo.

—Buena, decía entre sí la madre, desde Todos Santos hasta el día de San Martín en que cumple el alquiler de la casa, todavía faltan once días y en ese tiempo llegará mi marido y traerá dinero.

La madre y los hijos engalanados con sus mejores vestidos, fueron á la iglesia y se arrodillaron, según su costumbre, aparte del gentío y casi junto á la puerta. Manolo hizo notar á su hermano que todos los miraban y parecían ocuparse de ellos; pero Santiago le contestó, que eran sus vestidos nuevos los que llamaban la atención: en cuanto á la madre, nada advirtió, porque estaba toda embebida en sus oraciones.

Al salir de la iglesia, se llegó á ella un criado del alcalde del pueblo y la dijo:

—No se vaya usted sin hablar con su señoría, pues tiene algo que decir á usted.

—¿Qué será? decía la pobre mujer: yo he pagado puntualmente la contribución, yo no he tenido quimera con nadie.... ¡Ah! ¿si acaso serán mis hijos, que habrán hecho algún destrozo en las tierras?

Entregada á estas reflexiones, las más largas que había hecho en toda su vida, entró la mujer en casa del alcalde que la estaba ya esperando en su sala.

—Buena mujer, le dijo, Dios nos envía igualmente el bien y el mal.

La esposa del jornalero hizo una reverencia en señal de sumisión á la voluntad del Señor, y después esperó sin desconfianza lo restante del discurso. El alcalde continuó:

—El deber de un cristiano es soportar los más amargos contratiempos sin murmurar, acordándose de las palabras del Salvador que ha dicho: Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados.

—¿Por qué predicará como el señor cura? decía entre sí la mujer.

El alcalde continuó algún tiempo por el mismo tono, no sabiendo cómo llegar al triste asunto de que era preciso ocuparse, hasta que uno de los muchachos le dió pie para ello, diciendo á su madre:

—Pregúntele usted por qué padre no ha venido con los demás compañeros suyos, que hoy estaban todos en la iglesia.

—¡Ah! pobre mujer, eso es justamente lo que tenía que decirnos. Vuestro marido, sin duda por tanto trabajar, ha cogido un tabardillo que le ha llevado á la otra vida, hará cosa de un mes. Sus camaradas han traído la ropa; pero en cuanto á dinero, ni un ochavo siquiera. Preciso es que le hayan robado.

Los dos niños prorumpieron en sollozos; pero la madre permaneció fría y muda, extendió maquinalmente el delantal, y comprendiendo el alcalde este

ademan, hizo traer la ropa del difunto y depositó aquella única herencia en el delantal de la viuda. Esta infeliz, sin hablar una palabra, se volvió con aquella triste carga á su cabaña, seguida de sus dos hijos que lloraban á lágrima viva.

Al llegar la pobre mujer á su casa, soltó de improviso las puntas del delantal y la ropa fué rodando por el suelo: extendió después los brazos y cayó de espaldas privada de sentido. Los muchachos se apresuraron á socorrer á su madre, atacada de una ardiente calentura, y no pudiendo subirla á la cama, tendieron un colchón en el suelo, sobre el que la recostaron. Toda la noche estuvo delirando y llamando á gritos á su marido, de modo que al otro día, cuando vino el médico del pueblo á ruegos de Manolo, la encontró tan mala, que preguntó á los niños si no había nadie que viniese á cuidar á su madre. No había en aquel mísero albergue más que dos niños llorando al lado de una mujer moribunda, y todos en el colmo de la miseria, como si para remediar esta miseria no hubiese caridad.

Efectivamente, una pobre anciana abandonó su casa para venir á cuidar á la enferma: el médico redobló su celo y la pobre viuda pudo vivir, aunque imbécil y privada del uso de las piernas. El alcalde hizo á Manolo guarda de los ganados del pueblo, y todos los aldeanos, sabiendo las obligaciones que tenía, aumentaban más de lo que era costumbre el pan, patatas ó tocino con que pagaban su trabajo. Santiago, en fin, que no sabía otra cosa mejor, hacía cestas por la noche y cazaba por el día. Así es como los dos hermanos pudieron hacer frente á la desgracia y á las necesidades de la casa.

Era preciso explicar todas estas circunstancias, porque no es lo mismo coger pájaros para mantener á su madre, que cogerlos para divertirse en atormentarlos como hacen algunos niños.

LA INFANCIA DE LOS HOMBRES CELEBRES.

CANOVA.

A juzgar por el movimiento y por los preparativos que se advertían en las cocinas y repostería de una magnífica posesión situada en las inmediaciones de Roma, gran convite iba á verificarse en aquella deliciosa quinta. Así era con efecto, y todos los dependientes, sabiendo que su amo tenía convidados á sus amigos y á personas de etiqueta, se esmeraron en llenar los deseos de su amo y en agradar á sus comensales. Era entonces costumbre el colocar en el centro de la mesa en vez de ramillete, alguna obra vistosa, algún capricho de arquitectura, que no se desbarataba luego para recreo del paladar, sino que solo se destinaba á producir un hermoso golpe de vista. El jefe de cocina se había afanado en construir de pasta un soberbio edificio gótico con sus torrecillas de filigrana y sus ventanas caladas; obra que debía ostentarse erguida sobre la mesa causando la admiración de los convidados. Mas cuando al acercarse la hora del convite, fué el jefe de cocina á sacar del horno su obra maestra, lanzó un penetrante grito de espanto y desesperación.

A los gritos y demostraciones del cocinero, acudieron los marmitones y demás gente de la cocina, quedándose todos estupefactos á vista de aquel edificio, tostado enteramente, cubierto de cenizas y demolido por algunas partes.

—¡Mal haya mi descuido! decía el jefe, arrancándose con furia el gorro y los pelos de la cabeza.

—¿Y qué se ha de hacer? exclamaban tristemente los otros dependientes de cocina. Ya casi es la hora de sentarse á la mesa y no queda tiempo de hacer otra cosa.

—No hay más que hacer, contestó despechado el jefe, sino que yo estoy despedido. ¿Cómo el amo me ha de perdonar el que falte en su mesa y en un convite de etiqueta un requisito tan importante?

Entre los muchos que á los gritos del cocinero se habían agolpado alrededor de la mesa donde se ostentaba la catástrofe, se hallaba un muchacho, hijo de uno de los albañiles que á la sazón trabajaban

en la casa. Aquel muchacho, siempre que iba á ver ó á ayudar á su padre, solía hacer alguna visitilla á la cocina, donde se le pegaba alguna cosa. Entónces, despues de haber mirado con atencion los fragmentos del edificio y la pasta de que se componian, preguntó con cierto aire de seguridad:

—¿Ha quedado algo de la pasta?

—Cuanta quieras, contestó el jefe.

—¿Y solo se desea una cosa para el golpe de vista?

—Nada mas, hijo mio.

—Entónces nada se ha perdido. Venga aquí la masa, y dentro de poco ya se verá lo que resulta.

El jefe de cocina, que entónces se hallaba muy dispuesto á aceptar cualquier recurso, entregó al muchacho cuanto le pedia, casi persuadido al ver su seguridad, de que le habia de sacar del apuro.

El muchacho, manejando la masa con desembarazo y sacando los palillos de modelar, que por lo visto siempre llevaba consigo, formó en pocos momentos un corpulento leon, lleno de arrogancia y majestad, y le espolvoreó bien de harina para que mejor imitase la piedra.

Le hizo tambien su correspondiente peana, y despues de haber dirigido una mirada de satisfaccion á su obra, dijo al maravillado jefe de cocina:

—Ya puede vd. ir á presentarle sobre la mesa.

Cuando esto llegó á verificarse, se oyó un grito general de admiracion, pues aquella era una obra maestra de escultura.

—Te has lucido, amigo mio, exclamó altamente satisfecho el amo de casa.

—Señor, no he sido yo, contestó algo confuso el cocinero.

—¿Cómo es eso? Pero supongo que siempre habrá sido alguno de mis dependientes.

—Señor, ha sido un muchacho... un pobre aprendiz de albañil que todavía no tiene fuerzas para manejar la piqueta, pero que se esfuerza en ayudar á su padre que está trabajando en la casa.

—Que suba, que se presente, clamaron los convidados.

Presentóse Canova, que este era el nombre del niño, y todos le felicitaron y le dispensaron obsequios á porfía. El dueño de la casa, que habia concebido un buen designio, preguntó á Canova:

—¿Has tenido algunos principios de dibujo?

—Nada, monseñor, pero continuamente me he ejercitado en trazar y modelar figuras de todas clases con la misma argamasa y yeso que prepara mi padre. Así, imitando todo cuanto veo y á fuerza de constancia y de teson, he llegado á adquirir en esto cierta habilidad.

—Bien lo has acreditado, querido mio, pero has de saber que tu precoz talento merece ser cultivado, y yo me encargo de proporcionarte los estudios que para eso se necesitan.

Esta determinacion, que fué generalmente aplaudida, excitó el mayor entusiasmo en Canova, que arrojándose á besar la mano de su protector, exclamó:

—¡Ah, señor! cuánto os lo agradezco; porque hasta ahora nadie ha hecho caso de mis habilidades.

Este primer ensayo de Canova debido á su constante trabajo, le valió tan señalada proteccion, y resagió la celebridad que habia de adquirir en lo sucesivo el único escultor de los tiempos modernos cuyas obras se han puesto en paragon con las de la antigüedad griega y romana.

CARLOS XII.

Cuando nació el príncipe real de Suecia, llamado despues Carlos XII, fué en tal estado de abatimiento y debilidad, que todos temieron por su vida. Al ver aquella criatura tan inerte, sin calor y sin respiracion, los médicos redoblaban sus esfuerzos para salvarla, á vista del angustiado padre, el rey Carlos XI, que no se apartaba de su lado. Estando en esto, retornó el primer cañonazo de la salva con que se anunciaba y festejaba el nacimiento del príncipe real, y el estampido del cañon le conmovió de tal modo, que inmediatamente dió señales de vida, abrió los ojos y empezó á tomar el alimento que le presentaban. El rey Carlos XI exclamó entónces:

—No sería hijo mio, si no se hubiese despertado con semejante música.

Las inclinaciones belicosas del príncipe no se desmintieron un momento en toda su vida. Solo tenia siete años, cuando hallándose en el gabinete de su padre, vió dos planos, el uno de una ciudad de Hungría, conquistada por los turcos al emperador, y el otro de Riga, capital de Livonia, que habia sido conquistada por los suecos, hacia ya mas de un siglo. Llamáronle al niño la atencion unas palabras escritas debajo del plano de la ciudad húngara, que decian así:

«Dios me la ha dado y Dios me la ha quitado: que el nombre del Señor sea bendito.»

Apénas el príncipe leyó estas palabras tomadas del libro de Job, cogió un lapicero y escribió debajo del plano de Riga:

«Dios me la ha dado, el diablo me la quitará.»

Cuando se halló en disposicion de entender la historia, se aficionó tanto á la de Alejandro Magno, que no se le caía el Quinto Curcio de la mano. Admirado de esto el preceptor del príncipe, llegó á preguntarle un dia:

—¿Qué es lo que pensais acerca de Alejandro, que tanto excita vuestra admiracion?

—Solo querria, respondió el príncipe, parecerme á él en todo.

—Pero tened presente que su vida fué muy corta. ¡Solo vivió treinta y dos años!

—¿Qué importa eso? ¡Bastante vivir es, cuando se han conquistado tantos reinos!

Estos rasgos revelaron bastante el carácter del que destronó al rey Augusto de Polonia, del que hizo temblar á los demás soberanos de Europa, que le llamaban el *Alejandro del Norte*, y por último del belicoso monarca, que al escuchar las descargas de artillería al empezar la batalla, exclamaba:

—¡Esta es mi música favorita!

EL DUQUE DE BORGONA.

Luis, duque de Borgoña, hijo del delfin de Francia y nieto de Luis XIV, era un niño de un carácter tan altivo y de un génio tan caprichoso, que ya daba bastante en que entender á cuantos le rodeaban. La adulacion, que tan perniciosa influencia ejerce en los palacios de los príncipes, habia viciado el carácter de aquel niño, que ufano con su elevado nacimiento, no podia sufrir la mas mínima contradiccion, y que á los ocho años de edad ya queria avasallar la voluntad de los hombres poderosos que por todas partes le rodeaban. Para domar esta naturaleza rebelde, para corregir el extravío de aquellos primeros años, fué designado el abate Fenelon, á quien se confirió el honroso cargo de preceptor del príncipe. El virtuoso abate, que no habia solicitado este cargo, tampoco le rehusó, y se preparó desde luego á luchar con los obstáculos que no dudaba se le habian de oponer.

Efectivamente, Luis, duque de Borgoña, asombrado de ver que su nuevo preceptor consideraba como faltas graves algunas cosas que hasta entónces nadie le habia vituperado, no tardó en dirigirle algunas réplicas insolentes. Fenelon solo contestó con un desdénoso silencio y con sonrisa de desprecio, previniendo al orgulloso niño que se apartase de su presencia y se retirase á su cuarte, como para darle tiempo de reflexionar en lo que acababa de decir.

Despues se le anunció que el abate Fenelon, ofendido de su conducta, iba á poner en manos del rey la dimision de su destino, cosa que unida al remordimiento de su imprudente accion, hizo al niño entrar en cuidado é implorar el perdon de su ofendido maestro; mas como éste entónces manifestase la mayor entereza, puso por intercesora á madama Maintenon, la que consintió al fin en presentarle á Fenelon y rogar que le perdonase.

—¿Qué seguridad tengo yo, exclamaba, de que no volverá á incurrir en la misma falta?

El duque reflexionó un instante, cogió un papel y una pluma, escribió algunas palabras y se las presentó á su maestro, diciendo:

—Tomad, aquí está mi respuesta.

El papel estaba concebido en estos términos:

«Prometo, á fé de príncipe, al abate Fenelon, hacer al instante cuanto me mande y obedecerle cuando me prohíba alguna cosa, y si faltare á esta promesa, me someto á toda clase de castigo y deshonra.»

«Dado en Versalles, á 29 de Noviembre de 1629.»

LUIS.»

La garganta, la tós y el hipo.

(FABULA.)

Doña Tós á Doña Garganta
De este modo diz que le habló:
«He notado, amiguita mia,
Que me miras con prevencion.

Cuando vengo yo á visitarte,
Enojosa siempre te soy,
Y no cesas de hacer esfuerzos
Hasta darme el último adios.

Entretanto al Hipo recibes,
Que es tan cócora como yo,
Y en lugar de lanzarlo fuera,
Dásle albergue allá en tu interior.

¿Por qué, dime, tal diferencia,
Cuando vista bien la cuestion,
Si toser hácia dentro es Hipo,
Tener Hipo hácia fuera es Tós?»

—«En verdad, la Garganta dice,
Que es muy justa tu observacion;
¿Mas qué quieres? prefiero al Hipo,
Aunque iguales seais los dos.

Sus visitas son siempre cortas,
Y las tuyas, amiga, nó;
Y en visitas que son pesadas,
La mas breve es siempre mejor.»—

*Yo no sé, lector, si esta fábula
La leerás con hipo ó con tós;
Pero es verso de nueve sílabas
El que en ella me visitó.*

*Sufre, pues, ese metro pícaro
Que te endosa el fabulador;
Que al fin puede pasar, aun pésimo,
Por ser breve su duracion.*

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO V.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS EN SOCIEDAD.

ARTICULO III.

DE LAS VISITAS.

SECCION SEGUNDA.

De las diferentes especies de visitas.

I

Las diferentes especies de visitas pueden reducirse á las siguientes: visitas de negocios, de presentacion, de ceremonia, de ofrecimiento, de felicitacion, de sentimiento, de duelo, de pésame, de despedida, de agradecimiento y de amistad.

II

Son visitas de negocios, todas las que se hacen con el exclusivo objeto de tratar sobre un negocio cualquiera, sin que sea necesario que medie ninguna amistad entre el visitante y el visitado (art. 2.º, sec. 1.ª, §. 1).

III

Son visitas de presentacion, las que hacemos con el objeto de ser introducidos al conocimiento y amistad de otras personas.

IV

Las visitas de ceremonia son actos de rigurosa etiqueta (cap. I, §. VI, y su nota), que tienen generalmente por objeto cumplimentar á personas de carácter público en muchos y variados casos, de los cuales pueden citarse los siguientes como ejemplos: 1º, visitas al encargado del poder supremo del Estado, por los altos funcionarios civiles, militares y eclesiásticos, por los miembros del cuerpo diplomático y por personas particulares de elevado carácter, en su advenimiento al mando y en los días de grandes fiestas nacionales: 2º, á los obispos y demás prelados, por el clero y los empleados eclesiásticos, por los altos funcionarios públicos y por personas particulares de elevado carácter, en su exaltación á la dignidad de que son investidos, en la inauguración ó muerte de un pontífice, y en cualquiera otra ocasión en que ocurra un grande acontecimiento próspero ó adverso para la iglesia: 3º, á los jefes de oficinas públicas, por los empleados de su inmediata dependencia y por los jefes de otras oficinas al entrar aquellos en el ejercicio de sus funciones: 4º, á la primera autoridad civil de todo lugar en que no reside el jefe del Estado, por los empleados públicos y por personas particulares de elevado carácter, en las mismas ocasiones indicadas en el caso primero: 5º, á la primera autoridad eclesiástica de todo lugar en que no reside el prelado de la diócesis, por el clero, por los empleados públicos, y por personas particulares de elevado carácter, en las mismas ocasiones indicadas en el caso segundo: 6º, la primera visita que el representante de una nación extranjera que llega hace al ministro de relaciones exteriores y á los demás agentes diplomáticos de otras naciones que existan en el lugar y la que á él se hace en retribución: 7º, la visita que hacen al representante de una nación extranjera los demás agentes diplomáticos del lugar, y las personas caracterizadas que le tratan, en los aniversarios que su gobierno solemniza, y á la noticia de un grande acontecimiento próspero ó adverso para su nación.

V

Son visitas de ofrecimiento las que una persona hace á sus amigos para participarles que ha tomado estado, que le ha nacido un hijo, ó que ha mudado de habitación, y todas aquellas que hace con el objeto de ofrecer su amistad ó sus servicios á una persona ó familia cualquiera (§ 3º, art. 9º,—§§. 16 y 18, sección 1ª)

VI

Son visitas de felicitación las que hacemos á nuestros amigos en señal de congratulación, el día de su cumpleaños, cuando nos participan su mudanza de estado ó el nacimiento de un hijo, por su elevación á empleos de honor y confianza, por su feliz arribo de un viaje, y en general, cada vez que ocurre entre ellos ó entre sus parientes mas cercanos algun acontecimiento feliz que les hace experimentar una extraordinaria complacencia.

VII

Son visitas de testimonio, las que hacemos á nuestros amigos como una manifestación de la parte que tomamos en sus sufrimientos, ya sea por enfermedades, ya por acontecimientos desagradables, ocurridos entre ellos ó entre sus parientes mas cercanos, ya por la inminencia de algun mal, ya en fin, por cualquier accidente que no sea la muerte y que los mantenga bajo la impresión del dolor.

VIII

Son visitas de duelo, las que hacemos á nuestros parientes y á nuestros amigos de confianza, en señal de que nos identificamos con ellos en su dolor, en los dos primeros días despues que han experimentado ó llegado á saber la pérdida de un miembro de su familia, en cualquiera de los días en que el difunto aún no ha sido inhumado, en el mismo día en que se ha hecho la inhumación, en aquel en que se celebran las exequias, ó en el aniversario de la muerte acaecida, si la conmemoran con alguna función religiosa.

IX

Son visitas de pésame, las que hacemos á nuestros amigos pasado el día de la inhumación del cadáver de la persona que han perdido, ó pasados dos días de aquel en que el acontecimiento ha llegado á su noticia, para manifestarles de este modo que los acompañamos en su aflicción.

X

Son visitas de despedida, las que hacemos á nuestros amigos cuando vamos á ausentarnos del lugar en que nos encontramos, con el objeto de pedirles sus órdenes.

XI

Son visitas de agradecimiento las que hacemos á aquellas personas de quienes hemos recibido servicios de alguna importancia, con el objeto de manifestarles nuestro agradecimiento.

XII

Son visitas de amistad todas aquellas que hacemos á las personas con quienes estamos relacionados, sin niugun motivo especial, y solo por el placer de verlas y de disfrutar de su compañía

XIII

La primera visita que debemos hacer á un amigo que llega de un viaje, luego que nos lo participa, cuando recientemente ha perdido un miembro de su familia ó ha experimentado cualquiera otra desgracia, no es visita de felicitación, sino de pésame ó de sentimiento; pues en sociedad las demostraciones de contento se posponen siempre á las demostraciones de dolor.

XIV

Con excepcion de las visitas de presentación, de las de ceremonia, y de las de ofrecimiento y agradecimiento cuando para ellas no media ninguna relación anterior, todas las cuales, por su propia naturaleza, son siempre visitas de etiqueta, las demás tendrán el carácter que les comunique el grado de amistad que las autorice, y serán por lo tanto, según los casos, visitas de confianza, de poca confianza ó de etiqueta (§§. VIII y IX, art. 1).

[Continuará.]

El cuerno y Júpiter.

(FABULA.)

Diz que una vez á Júpiter el cuerno
Se quejó amargamente,
Llanto vertiendo tal..... que ciertamente,
Siendo él tan duro, no sería tierno.

—«Una gracia, señor, vengo á pedirte,
Añaden que le dijo, y no te asombre
Lo que voy á decirte;
Pero voy á morir no hay que reírte,
Si no tienes á bien mudarme el nombre.
¡Es tan feo el que tengo! ¡Es tan cargante
El retintin eterno

Con que, en vez de decir el vulgo loco
Esto no vale nada ó vale poco,
Repíte sin cesar: *no vale un cuerno!*»

—«Broma es esa en verdad pesada y fea,
Júpiter contestó; ¿pero qué nombre
Quieres que yo te dé, si al fin el hombre
No ha de formar de tí mejor idea?»

—«Habla siempre tu labio,
Replica el cuerno, como siempre sábio;
Mas yo sé la razón de mi embolismo:
¿Qué te cuesta mandar, y eso me basta,
Que en vez de *cuerno*, me apelliden *asta*,
Lo cual suena mejor, aunque es lo mismo?»

—«Concedido! contesta el dios clemente;
Pero sea ese nombre solamente
Para usarlo en tu pró quien hable oculto,
O al ropaje se atenga más que al bulto,
Puesto que en lo demás, mi fallo eterno
Es, ha sido y será, que eternamente,
Aunque te llamen *asta*, seas *cuerno*.»—

*Cosa análoga yo, caro Cervino,
A sentenciar me inclino,
Si veo un zapatero encopetado
Intitularse artista de calzado,
O un tabernero comerciante en vino:
¿Pero por qué moteja mi malicia
Al zapatero ya, ni al tabernero,
Cuando se llama artista aun el torero,
Y el verdugo oficial de la justicia?*

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

La vida de una familia es enteramente diferente de la de un instituto de educación.

En la primera se encuentran, la asociación sabiamente ordenada por Dios, entre las personas grandes y los jóvenes; la diversidad de ideas y sentimientos y los deberes y derechos de la vida social. Las niñas pueden en sus familias aprender á respetar á los viejos, á cuidar á los niños, á ser compañeras de sus iguales y á dirigir á sus inferiores. Por lo que la mejor escuela para las niñas, es el hogar, con los padres, hermanos y hermanas.

En los institutos públicos no hay padres que concilien la confianza de los corazones juveniles. No hay sino maestros de quienes se oculta con cuidado el interior del corazón, por temor de equivocarse; en cambio, se vigila con esmero el exterior, que llega por fin á ser lo principal. Faltan en esos institutos las mil instructivas y pequeñas ocurrencias que acaecen diariamente en el hogar; y aquellas peculiaridades de caracteres que tan profunda impresión hacen en el alma; en lugar de ellas se encuentra una fría uniformidad de enseñanza, y entre los mejores maestros y compañeros no se hallan sino extranjeros. Y de este modo adquiere la mujer, en los mejores años de su existencia, un cierto carácter que en lo futuro, raras veces podrá serle necesario y muy á menudo puede perjudicarla.

Vuelve á la vida doméstica con una mediana educación científica, hábil en ocultar sus pensamientos á los demás, muy cumplida en su porte exterior, con deseo y capacidad para brillar ante el mundo en mil pequeñeces.

Feliz si puede encontrar de nuevo en su hogar, la tranquilidad y la dicha de su niñez.

La casa de sus padres y las de sus parientes, tienen que volver á ser su escuela; pero á menudo sucede que ya es muy tarde y que ya no son para ella las labores, reposo y pequeños goces de la vida doméstica.

Llega á ser esposa, sin llegar á ser la alegre compañera de su esposo; es la jefe de una familia, sin ser capaz de gobernar su casa con aquella constante diligencia y con aquel cuidado y sabiduría que se requieren, tanto en las cosas grandes, como en las pequeñas; es madre sin encontrar placer en los deberes santos de la maternidad.

Hay muchos métodos para la educación de las niñas, pero nadie las puede educar mejor que unos buenos padres.—ZSCHOKKE.

El perro en el teatro.

(FABULA.)

Aplaudían no dos, ni tres, ni cuatro,
Sino el público todo de un teatro,
A una actriz eminente
Que hacía su papel perfectamente.
Vió aquello un perro, que á pesar del ojo
Del que estaba á la puerta, hombre lagarto,
Había entrado sin pagar un cuarto;
Y dió en aullar con tan extraño arrojó,
Que la gente gritó llena de enojo:
«¡Fuera de aquí ese perro! fuera! fuera!»—

El perro dijo entonces: «¡vaya un lance!
¿Pues no sabe esa gente vocinglera
Que yo no sé aplaudir de otra manera?»—

*Esto quiere decir, en buen romance,
Que hay censores que el timpano taladran
Con los ladridos de su pobre ingenio,
Pero que aplauden sin embargo al genio,
Y más le aplauden cuanto más le ladran.*